

romano, y el representante de los Bárbaros se levantó legado del Vaticano: procónsul de los tiempos modernos que sin lictores, ni espada, y sin tesoro, llevaba consigo el genio legislativo del antiguo Senado. Por espacio de treinta y siete años continuó cumpliendo los designios de la política romana, cuyo representante se hiciera, y su activa correspondencia con la Santa Sede, y las veinticuatro cartas de los papas Gregorio II, Gregorio III y Zacarías, demuestran evidentemente la fecunda docilidad de aquel gran genio. Los Septentrionales recibieron la dominación benéfica, que venía, no

ya con las águilas, sino con los símbolos de la paloma y el cordero, y dejaron de fluctuar entre los ídolos y el Evangelio, como lo hicieron durante cuatro siglos. El legado apostólico renovó la consagración de los reyes de Judá ungiendo la frente de los duques austrasianos: entonces los Francos, confiados en su misión, se encontraron, por voluntad de Dios, defensores de la Iglesia, sucesores de los Romanos y barrera insuperable á las invasiones: reunidos el pasado y el porvenir, amalgamados los tiempos y los poderes, de esta unión salió para la era cristiana la edad media.

NUM. XV

CARLO MAGNO

(742-814.)

Como entre los emigrados fueron los Francos la gente más grosera, si comparamos la extrema decadencia y la impotencia absoluta de la Galia en los últimos tiempos de Roma, con el vigor que en su regeneración desplegó en los tiempos de los Merovingios, nos vemos inducidos á creer que fué el dominio de estos menos degradante que el de los Romanos.

Lo más notable, en sentir de Schlegel (1), es la perfección gradual del gobierno franco, necesario para un pueblo numeroso, y que hacía insuficiente el antiguo gobierno germano que se adaptara para una nación reducida y de una sola raza. Entre los Germanos solo había una clase: los príncipes y los nobles casi eran iguales, no estaba admitido el derecho hereditario; se elegían los duques; los libres, gradación más bien que clase, gozaban muchos privilegios de la nobleza, y podían usar armas, tomar asiento en las asambleas y defender su honor ultrajado.

Consolidada la conquista, ya no fueron los reyes solamente los primeros de la nobleza y del pueblo; sino soberanos circuidos de un fausto que los aislaba de la masa general. Cambió en cierto modo la condición de los libres, en los que consistía la verdadera fuerza de la nación, como elemento principal que eran del ban y del retroban de las tropas reclutadas en masa; pues decayeron de su prestigio desde el momento que el conquistador procuró solo engrandecer sus Estados, y no atendió á su defensa ó á su gloria.

Los antiguos Germanos tenían dos clases de servicio militar: el ban, ó leva nacional, y el servicio feudal, con que contribuían al rey algunos vasallos particulares, elegidos entre los nobles. Enriquecidos los reyes, recompensaron su fidelidad con la distribución de las mejores provincias, resultando de esto que se hicieron poderosos: engrandecidos proporcionalmente, en lugar de la antigua nobleza na-

cional se creó para en adelante una nueva y servil, que no ya con el pueblo, sino con la persona del señor estuvo íntimamente ligada.

Los hombres libres, es decir, el otro elemento del antiguo régimen germánico, menguaron proporcionalmente en prestigio, siendo algunos avasallados por la fuerza, y otros perdieron voluntariamente su libertad admitiendo señores para eximirse del alistamiento que la extensión del imperio hacía cada día más penoso.

Pero el medio adoptado por los reyes para crear esta nueva aristocracia á su alrededor, causó con el tiempo la decadencia de su poder, pues los vasallos encumbrados estorbaban la acción de tal poder, y el primero de ellos que ocupaba el puesto de honor en la corte, podía apoderarse del mando cuando el príncipe era débil y sin carácter, como sucedió á los Merovingios, desposeídos por sus mayordomos, que hicieron hereditario este cargo.

Aunque los cronistas lo mencionan, sin embargo, tal vez no fué bastante considerado el carácter católico del principado franco. Clodoveo, al hacerse católico mientras los demás Bárbaros seguían el arrianismo, fundó la primera dinastía; pero la Francia solo era un ejército católico, en tanto que la sociedad gálica, es decir, los vencidos, permanecían romanos. Como general, el rey era despótico, y tenía el poder legislativo y judicial, necesario al jefe de un ejército: las asambleas eran consejos de guerra, donde se juzgaban bajo la misma fórmula los actos de disciplina, de política y de justicia: la elección de oficiales residía absolutamente en el jefe, y podía disponer de ellos como de cosa propia: todo era elegible y sujeto á revocación, excepto el pueblo militar y el general. De aquí nacía el orden de sucesión: el rey se nombraba sucesor dándole en la jerarquía del mando el grado que, muerto él, le colocaba en primer lugar, y si era niño de corta edad, le recomendaba á un tío ú otro pariente próximo. Por esta razón, en los últimos tiempos de los Merovingios, eran los jefes de los ejércitos los que transmitían la monarquía, y si

(1) Cuadro de la historia moderna.

por gratitud la continuaban en la familia de Clodoveo, así que vieron su envejecimiento colocaron a otra. Entre los ímpetus de independencia de cada duque y conde, se hubiera convertido la Francia en un caos que la hubiera arruinado como al imperio romano, si los Pepinos no hubiesen resumido en sí el poder; pero esta nueva dinastía, así como la primera, fué dada ó á lo ménos consagrada por la Iglesia, y los Pepinos se titularon *Reyes por la gracia de Dios*.

Unos cuantos años antes de la sustitucion de la nueva dinastía á la merovingia ocurrió una nueva invasion germánica, que casi fué una segunda conquista de la Galia verificada por los Francos de Austrasia, mas bárbaros y mas germanos que los Francos de la Neustria, que poco á poco se habían ido confundiendo con los Romanos (1). El resultado fué verdaderamente el mismo, pues se operó una reaccion natural, volvieron á prevalecer las costumbres originales, la constitucion y el idioma de los Francos; pero estos motivos exteriores no explican los acontecimientos; hubo mas profundas y añejas causas que la continuacion y la renovacion de la grande emigracion germánica. Dominada la sociedad civil galo-franca por una precoz corrupcion, se encontraba en el mayor desorden, y no habia sistema ni poder alguno que pudiese ser estable y lograrse regularizarla; si á pesar de la disension que entre los generales y el ejército existia, se conservaba la sociedad, esto se debia á la comunidad de hábitos y creencia, y á la superioridad de la Iglesia: tambien esta corria parejas con la sociedad civil y la militar; pero afortunadamente se habían desarollado poco á poco dos elementos regeneradores; entre los Francos de Austrasia, los mayordomos de palacio; en Roma los papas. Estos dos poderes nuevos naturalmente debian tratar de unirse estrechamente por la comunidad de intereses que tenian en la conversion de los Germanos: dos circunstancias favorables ayudaron á esta alianza, las amenazas de los Longobardos contra el papa, y la necesidad que Pepino el Breve tuvo de este para que sancionase su título de rey. Por medio de esta alianza, surgió en la Galia una nueva dinastía de soberanos; el reino de los Longobardos se destruyó, y la sociedad galo-franca civil-religiosa tuvo la mision de hacer prevalecer la monarquía en el orden civil, y el papado en el religioso. Pero para conseguir este resultado, fué necesario que el genio de la guerra y de la política se transmitiese en la misma familia por espacio de cuatro generaciones consecutivas (Pepino de Heristal, Carlos Martel, Pepino el Breve, Carlo Magno), completándose de este modo la gloria de los Carolingios, y tal vez el monarca que heredó el poder de Pepino el Breve y lo aumentó con sus victorias, poseía ménos capacidad que los

(1) Opinión de Thierry, Guizot y sus partidarios.

tres antecesores, aun cuando eclipsó su gloria y marcó con su nombre la época mas grande de la edad média.

Costumbre inveterada entre los Francos, hija tal vez del sistema feudal, era la distribucion de un reino entre los hijos del monarca (1); así que cualquiera de ellos que no hubiese recibido su parte, siendo valeroso, franco y atrevido, se adquiria partidarios, y con su ayuda conseguia con la fuerza honores y poder. Para obviar este mal, estaban las particiones legales, aunque este medio demostró su ineficacia. Pepino repartió tambien su reino entre Carlos, que despues fué apellidado Magno, y su hermano Carlomano; pero así como en las anteriores particiones tuvieron en cuenta la nacionalidad y el carácter de los pueblos, coincidiendo las fronteras de cada reino con las de los pueblos, en esta ocasion no se trató ya de formar un reino oriental y otro occidental, sino de hacer uno septentrional y otro meridional. Los Estados de Carlos se extendian desde los confines de los Eslavos y Sajones hasta el Garona: los de Carlomano, fronterizos con los de su hermano, de Oriente á Occidente, se extendian desde las fronteras bávaras al Pirineo. Á la muerte de su padre (768) se separaron, acompañándolos sus secuaces y partidarios, y recibieron la consagracion de los prelados y el homenaje de los magnates en su capital respectiva.

Pepino había sometido á los Aquitanos, pero no vivió lo suficiente para ver consolidada su conquista con un nuevo orden de cosas. Unaldo, su antiguo duque, salió de su retiro, y procuró reconquistar la Aquitania; pronto se halló á la cabeza de un gran ejército de sublevados: acudió Carlo Magno á sofocar la rebelion; pero su hermano en lugar de auxiliarlo se enemistó con él, y para perjudicarlo mas, se unió con Desiderio, rey de los Longobardos, y con Taxilon, duque de los Bávaros, que estaba resentido porque su ducado fuese feudo del reino de los Francos; habiase enlazado con Luitperga, hija de Desiderio, y esta alianza podia hacerlo temible á los Francos.

Por otra parte, en Roma las facciones se disputaban el pontificado, pues las donaciones de Pepino habían convertido al papa en un verdadero príncipe temporal. Extinguida la autoridad nominal del imperio griego, ningun poder igualaba al del papa, y su alianza con la nueva dinastía de Francia amenazaba al reino longobardo; era, pues, necesario ó reducirlo á la servidumbre, ó aceptarlo por señor, ó someterse á los Francos.

Muerto Paulo I, disputáronse los partidos la sucesion, y una faccion á mano armada puso en el sòlio á un seglar llamado Constantino, hermano del duque de Nepi, que gobernó un año entero. Dos Romanos poderosos, amigos de

(1) Los Godos no tenian esta costumbre, siendo entre ellos desconocido el feudalismo.

Desiderio, le aconsejaron se aprovechase de aquella feliz coyuntura para apoderarse de Roma, y efectivamente envió un cuerpo de tropas, que vencieron y destrozaron á Constantino y los suyos. Nada adelantó con esto, pues los Romanos querian un papa que fuese enemigo de los Longobardos, y estos lo querian viceversa: por último, despues de muchas intrigas y combates, recayó la eleccion en Estéban III. Inmediatamente escribió al rey de los Francos pidiéndole obispos de reconocida sabiduría para que asistiesen á un concilio, lo que Carlos obedeció, reanudando así el lazo que sus padres estrecharán con los papas: mientras que Carlomano, ofendido de esta preferencia, estrechó sus relaciones con los Longobardos, enemigos del pontífice.

Estéban, desde los primeros dias de su pontificado, les había reclamado las tierras y bienes de la Iglesia que habían usurpado; pero Desiderio en contestacion á esto avanzó con sus tropas hasta las puertas de Roma; allí, despues de hacer parlamentar al papa, le arrestó en la misma iglesia de San Pedro, y eludiendo sus reprensiones, le hizo ver la necesidad que le obligaba á prenderlo, pues así lo salvaba de mayores males en razon de que Carlomano iba á llegar con su ejército, y siendo prisionero suyo sería peor. Con todo, Carlomano no llegó, pues los Francos no quisieron atravesar los Alpes y seguirlo para defender una causa que nada les importaba. Berta, que á la sazón llegó á Italia, reconcilió al papa con Desiderio, y á este con Carlos, ratificando la paz con casar á este con Ermengarda, hija de aquel, y á Adelco, hijo de Desiderio, con su propia hija Gisela (770).

No agradó al papa este enlace, que le privaba de su único defensor contra los Longobardos; y aunque, por mediacion de Berta, Desiderio había devuelto muchas ciudades romanas, escribió á Carlo Magno y á Carlomano para disuadirlos de formar aquel lazo monstruoso de fieles con infieles, de luz con tinieblas, y que prefiriesen las bellas y nobles hijas de Francia á las de un pueblo extranjero, *raza de leprosos*. Fundábase para esta oposicion en que Carlo Magno ya estaba desposado con otra mujer, y seguia el ejemplo de Estéban, su predecesor, que no había permitido el divorcio á su padre (1). El matrimonio de Gisela no se efectuó; Carlo Magno contrajo el suyo, pero al poco tiempo se fastidió de Ermengarda, y la envió á su padre, « con la vergüenza de un repudio en su rostro; » celebrando nuevas nupcias con Ildegarda, princesa sueva.

Esto consolidaba la alianza de Carlo Magno con la Santa Sede y renovaba la enemistad de los Longobardos, y por añadidura la de Taxilon de Baviera. Carlomano esperaba recoger el fruto de estas discordias, mas su muerte, acaecida en

(1) No me explico la razon por qué Muratori supone apócrifa esta carta.

771, vino á dar nuevo giro á los negocios. Inmediatamente Gerberga, su esposa, recelando por el porvenir de sus hijos, huyó con ellos á buscar un refugio en la corte de Desiderio, adonde la acompañaron muchos magnates. Tan luego como Carlo Magno supo la muerte de su hermano, reunió una asamblea de próceres y vasallos del reino de este y se hizo aclamar rey por ellos: de este modo se encontró señor de todo el país de los Francos, y con una autoridad superior á la que tuvieron sus antecesores.

La adquisicion de las provincias del otro lado del Rhin le suscitó dos enemigos á quienes se vió obligado á sujetar: los Sajones, que de continuo asolaban las fronteras de su nuevo reino, y los Longobardos, cuyo rey se había propuesto proteger á los hijos de Carlomano, fomentando el descontento en sus Estados. Si estas dos naciones hubiesen obrado de concierto, habrían puesto el imperio franco en grande apuro; pero la fogosidad natural de los Sajones se adelantó á la política del rey longobardo, quien por su parte cometió la torpeza de provocar la guerra y esperarla en su país.

La profunda enemistad que entre Sajones y Francos existia hacia muchos siglos, traía su origen de las guerras inmemoriales de los Cheruscos con los Catos. Igual era su procedencia, pues descendian del Noroeste de la Germania; pero los Francos se habían diseminado sobre el antiguo imperio romano, en tanto que los Sajones permanecieron en los países bárbaros: aquellos se convirtieron al Cristianismo, estos continuaron observando el paganismo. Apoderados los Francos de la Germania central, dirigian sus miras á posesionarse de la septentrional y meridional, y si aun no lo habían conseguido, debíase á las circunstancias que imposibilitáran sus poderosos y constantes esfuerzos. Dos siglos hacia que los Sajones veían que su independencia estaba en peligro, y por esta razon estaban siempre alerta. Por otra parte, el clero del imperio franco, consolidada la unidad de la Iglesia, no podia tolerar el paganismo en países fronterizos, y trató de convertirlos; de este modo se encontraron doblemente amenazados en su independencia nacional, y en sus creencias patrias. Así las cosas, estalló el odio de las dos naciones; odio tanto mas terrible cuanto que no había montes ni rios que sirviesen de fronteras, y á cada momento podia verificarse una irrupcion. Despues de varios combates en que hubo ventajas respectivas, los Francos comprendieron que no conseguirian una paz estable si no sometian y agregaban esta nacion á su imperio. Tal vez Carlo Magno al emprender la guerra llevaba la intencion de someter á los Sajones, establecer la religion cristiana y el arreglo eclesiástico católico: tal vez solo queria distraer á los Francos fuera de su país á intimidar á los Sajones, para que no le estorbáran una expedicion proyectada á Italia: de cualquier modo una vez rotas las

hostilidades, difícil fué suspenderlas. Léjos de intimidarse los Sajones, le hicieron frente con una obstinación siempre en aumento, y si se doblegaron á su poder fué sin someterse; apeló á la crueldad, mas no tuvo resultado, y solo terminó la lucha por la postración de ambos partidos y con transacciones honrosas para ambos.

Aunque poco se sabe con respecto á los Sajones, con todo parece que conservaron las costumbres de sus antepasados. Divididos en numerosas familias, propietarios, libres de orden inferior, litos ó colonos tributarios y esclavos, vivían distribuidos por los campos, reuniéndose solo en marcas y en fortalezas. En sus asambleas nacionales, compuestas de todos los libres acompañados de los litos, elegían los príncipes encargados de conservar el orden y hacer justicia. No tenían sacerdotes. Para en caso de guerra nombraban un jefe que acaudillase las fuerzas de los cantones reunidos contra el enemigo: las expediciones fuera de los cantones se hacían por los compañeros de los príncipes, escogidos al efecto. Los cantones estaban divididos en tres grupos, Westfalios, Ostfalios, Angrianos, ó pueblos de Occidente, Oriente y Mediodía, á los que se agregaba los Nordalvingios de la ribera derecha del Elba: difícil es explicar el origen de estos nombres y su significado, así como la extensión que ocupaban; es de creer que los Francos les dieran estos nombres, siguiendo la moda romana; lo cierto es que obraron siempre unánimes en todas sus empresas. Tampoco se puede fijar la época á que pertenece la institución, por la cual todos los años, entre los edelings, frilingos y litos, ó sean nobles, libres y colonos, elegían doce hombres por cada cantón, los cuales, como representantes y diputados del pueblo, se reunían en asamblea general en Marklo sobre el Weser, para deliberar sobre los negocios generales.

Cárlos, resuelta la guerra en el Campo de Mayo (772), se convino con los eclesiásticos para conseguir conversiones, y recomendando su causa á sus preces, aumentó su ejército con el de muchos reyes. En la asamblea de Marklo compareció Lebuino, misionero franco, para anunciar la palabra del Dios verdadero, la rendición de los hombres, y lo absurdo de las prácticas idólatras. Escucháronle los Sajones, hasta que dejándose llevar de su fervor, les anunció que el Rey de los siglos había mandado un rey valeroso y prudente, quien les abrumaría de males inauditos si no se hacían mas humanos y doblegaban la cerviz, pues era el vengador escogido por la cólera divina: al llegar aquí prurrieron en amenazas y querían empalar al misionero, que gracias á la protección de los que le veneraban como enviado de Dios pudo salvarse.

Pronto recibieron el castigo, y Carlo Magno, vencedor, acampó en el sitio donde 763 años antes Arminio derrotara las legiones de Varo.

En aquel sitio, que se tenía por sagrado, se había elevado un monumento, llamado Columna de Arminio (*Irmensul*), que despues la tradición convirtió en un idolo. Cárlos, sin que le detuviera el respeto de los recuerdos de sus antepasados, mandó destruirlo (1), y de su centro brotó una fuente en la que los Francos apagaron su sed. Recibidos los rehenes, Cárlos pasó á invernar en el solariego castillo de Heristal.

No pudo disfrutar de mucho sosiego, pues reclamaron su presencia los acontecimientos de Italia: Estéban III había muerto, y en su lugar ocupó la sede apostólica Adriano, noble romano á quien Desiderio ofreció su amistad y alianza; contestóle el Papa que su intención era vivir en paz con todos los Cristianos, pero que poca confianza podía tener en un príncipe que había faltado á todas las promesas que á su antecesor hiciera.

Viendo Desiderio la opinión que de él tenían, resolvió tomar la delantera y ocupar el territorio romano ántes que el Papa recurriese á los Francos, y mientras estos estaban en guerra contra los Sajones. Dirigió, pues, su ejército sobre Rávena y sobre Roma, para lo cual lo dividió en dos partes, y á los embajadores que le mandó el Papa para disuadirlo, les puso por condición que el Pontífice consagrara reyes de los Francos á los hijos de Carlo Magno. Adriano rehusó acceder á esta proposición insidiosa, que para siempre le enajenaba el apoyo de los Francos sin asegurarle el de los Longobardos: Desiderio en virtud de esta negativa avanzó hasta Roma, á cuyas puertas llegó acompañado de su hijo y colega Adelco, y de los hijos de Carlo Magno. Allí encontró las iglesias de San Pedro y San Pablo sólidamente atrancadas con barras y toda la ciudad defendida por muchos hombres de armas. Adriano se negó á tratar con él interin ocupase el patrimonio de San Pedro, y al mismo tiempo escribió al rey de los Francos rogándole viniese pronto, como hiciera su padre, al auxilio de la Iglesia Romana. Cárlos ofreció primero á Desiderio una cuantiosa suma, con tal que accediese á las justas reclamaciones de la Sede apostólica, y viendo desechadas sus ofertas, reunió su ejército (773). Atravesó los Alpes y por medio de una estratagemá se colocó á retaguardia de los Longobardos que los defendían: apoderóse de estos un terror pánico, que aumentó las defecciones y descalabros que les hicieron sufrir los vencidos Italianos, prontos siempre como ahora á ayudar á los enemigos de sus enemigos; así es que sin tener en cuenta su reputación de valientes, huyeron desbandados, refugiándose algunos acaudillados por Desiderio en Pavia, y otros á las órdenes de Adelco en Verona. Los Longobardos debieron contar con la costumbre de los vasallos francos de no servir sino en la

(1) Grimm dice que era el dios Irmin.

estacion favorable, y confiaron que á la entrada del invierno volverían á atravesar los Alpes y entónces podrían posesionarse de las posiciones abandonadas; pero Carlo Magno, si bien se ignora el cómo, persuadió á sus soldados á que permaneciesen con él, é invernando en Italia, marchó á Roma, recompensó á los traidores Longobardos, y por medio de ellos acaso logró apoderarse de la viuda é hijos de Carlomano; desde este momento la historia ya no vuelve á hablar de ellos.

El Pontífice recibió á Cárlos (774), no como rey, sino como patricio, y por su consejo trocó el traje franco por la túnica larga y la clámide romana (1). Cárlos se apeó á una milla de la ciudad, y á pié se dirigió á San Pedro, cuya escalera subió besando devotamente las gradas que holláran tantos piés santos: en la meseta le esperaba Adriano, acompañado de su clero, besó al electo de Dios, y mientras le llevaba al santuario el coro cantaba: *Bendito aquel que viene en nombre del Señor*. Postrados ante el sepulcro de San Pedro, se juraron sobre las santas reliquias amistad eterna. Las fiestas religiosas duraron tres días, que empleó Cárlos en visitar las iglesias principales, donde se desplegó la solemne pompa del rito cristiano: en el cuarto día y sobre el altar de San Pedro confirmó las donaciones que á la Santa Sede hiciera su padre, y de acuerdo con el Papa se tituló rey de los Francos y de los Longobardos, y patricio romano. No tardó mucho tiempo Pavia en abrirle sus puertas, y hecho prisionero Desiderio, fué á terminar sus días en Corbia, donde tomó el hábito de monje; por lo que nace á Adelco se fugó á Constantinopla. También el duque del Friul prestó pleito homenaje á Cárlos, y si los de Benevento y Espoleto se libraron, debieronlo á lo léjos que caían sus Estados.

Si la conquista no se llevó á cabo, tuvieron la culpa los Sajones que de nuevo se sublevaran, destruyendo las iglesias é invadiendo el país de los Frisones; acaudillábalos Witikindo, poderoso prócer de la Westfalia, quien por sus nobles prendas mereciera la confianza del pueblo, que lo miraba como representante de su nacionalidad; al mismo tiempo que los Francos le tenían por origen de todas sus desgracias y desastres. Carlo Magno envió tropas para que sofocasen esta rebelión en su principio, y en cuanto llegó la primavera (775), resuelta la guerra en una asamblea, penetró con su ejército mas allá del Rhin y sufrió pérdidas considerables.

En este estado recibió nuevas de Italia; su recién conquistado reino se había rebelado; Leon, obispo de Rávena, había usurpado y sometido muchas ciudades que fueran dadas á la Iglesia Romana; por otra parte los duques aun no subyugados habían formado alianza

con Adelco, que venía con una escuadra griega á arrebatár al Papa y restaurar el reino longobardo. De temer era en tal situación de cosas que Taxilon de Baviera estuviese en connivencia con ellos, y ayudase al duque del Friul: Cárlos sin detenerse se puso al frente (776) de un cuerpo de voluntarios (pues lo avanzado de la estacion imposibilitaba la expedición del ejército), y entrando en Italia por el Friul, cuyo duque arrolló, reconquistó las ciudades asombradas de su vuelta rápida; distribuyó el ducado del Friul entre varios condes, uno por ciudad, no ya indígenas sino Francos, y se volvió á proseguir su malhadada expedición contra los Sajones.

Como en el Campo de Mayo se resolviera el continuarla, allanó los obstáculos, construyó fortalezas, y citó á los Sajones (777) ante el nuevo parlamento de Paderborn. Quería obligarles á someterse al derecho político de los Francos, como vasallos del rey, á obedecer el eriban y aceptar la religión católica, que para siempre estaba indisolublemente aneja al sistema de vasallaje de los Francos: resignáronse los Sajones de hecho; pero Witikindo se refugió al otro lado del Elba.

Al tiempo mismo que ocurrían estos sucesos, otros enemigos amagaban las fronteras meridionales; estos eran los Árabes de España. De lo que Cárlos hiciera para reprimirlos hablan poco las crónicas, los romances mucho, y sin embargo tal vez no mientan, puesto que es imposible que Cárlos no previese el peligro de tales enemigos, ni que hubiesen cesado las intrigas de los jefes árabes de los Pirineos, que empezáran en tiempo de Pepino. También al campamento mencionado ántes de Paderborn acudieron algunos emires que se admiraban de ver á una nación aceptar las leyes y la religión del vencedor. Abdel-Rahman, último vástago de los Omíadas, al pasar de Berbería á España, reunió en torno suyo á los Árabes del Yemen, enemigos declarados de la esclarecida raza modarita, y habiendo vencido, fundó una nueva dinastía; mas no todos los emires se le sometieron; muchos descontentos que no quisieron reconocerle se diseminaron por las provincias, y tal vez de estos eran los embajadores que se presentaron á Carlo Magno para invitarle á que se aprovechase de las discordias del país.

Soliman-el-Arabi, wálí de Zaragoza, jefe de la rebelión, representó á Carlo Magno los vejámenes que en España sufrían los Cristianos, y ofreció auxiliarle con todo su poder para decidirlo á que viniese á conquistar el país que riega el Ebro, confiando que este rey por estar léjos sus Estados no podría conservar su conquista, y así debilitados sus contrarios podría él luego someterlos fácilmente.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que en la primavera del año 778, Cárlos se encaminó á España con fuerzas numerosas, que dividió en dos cuerpos: uno compuesto de Neustria-

(2) EGIXARDO, *Vita Caroli M. c. 23.*